

HÉROES

(Por Juan Jesús Barquero Baena)

Los niños saben algo que la mayoría de la gente ha olvidado (KEITH HARING)

M

e llamo Sergio. Tengo 6 años. Mi maestra y mis padres, sobre todo mi madre, piensan que soy un fenómeno de la

naturaleza, muy inteligente, un niño superdotado. Yo creo que lo que soy es un superhéroe, como Batman o Spiderman, pero de momento en potencia. Lo sé. Lo sospecho desde hace tiempo. Tengo la capacidad de memorizarlo todo, de adivinar el futuro y sobre todo de mosquear a mi hermana. Aunque, eso sí, me da miedo volar. Si bien mi padre dice que no me preocupe, tiempo al tiempo, que soy un superhéroe de los que tienen bien asentados los pies en el suelo; tranquilo, despacito, ya veremos más adelante, lo que tiene que ser será. A veces me susurra con cariño al oído: "tú eres un superhéroe muy especial, anónimo, inteligente, importante... Eso sí, con problemas de despegue, je, je..." También defiende que los superhombres que saben volar suelen tener una pinta sospechosa: "¡hijo! Fíjate en Superman: calza botín rojo y viste malla azul, calzón externo y cinturón andrógino (no sé lo que significa eso)... Así no hay manera de camuflarse, salvo en una pasarela de París ji, ji. Y además si no volase, en las persecuciones de malos tropezaría cada dos por tres con la capa, ja, ja...

Yo me fijo en muchos héroes: por ejemplo el Ratón Pérez, un héroe capitalista (según el tío Ramón, un roedor liberal que invierte en la industria de los dientes de leche). O Papa Noel, que tampoco sabe volar y se vale de una reata de renos volantes para gestionar su "Oenegé" (je, je), según cuenta papá. Yo creo que a mi padre le cae gordo Santa Claus. Prefiere a los Reyes Magos de toda la vida que "según él" conforman una asociación plurinacional dedicada al reparto de entretenimiento infantil y de tiempo libre progenitor, jo, jo. Menudo es mi padre.

Se acerca la Navidad: tiempo de superhéroes. Mi tiempo. También es la época de las dichosas obras navideñas del colegio. Mi maestra, como premio a mi capacidad, ha decidido que actúe en la obra con el papel de ángel. Un ángel es como un superhéroe que además de volar —cosa que odio— viste de una manera ridícula —cosa que también odio—: zapatillas de esparto, un camión blanco y una felpa dorada. Qué fastidio, yo hubiese preferido ser un humilde pastor o como mucho San José, un héroe anónimo siempre callado, reflexivo, con los pies en el suelo. Todo un héroe. Como dice mi padre: le tocó educar a un hijo que no era suyo; y lo hizo bien. Ni punto de comparación: prefiero un carpintero a un querubín. Pero la maestra no se deja convencer, le pido que me cambie el papel y no hay manera. La he amenazado con denunciarla al sindicato de actores y se ha echado a reír. "La Señora" sería una bruja..., si no fuese tan sumamente guapa. He de idear un plan. Un plan de superhéroe.

La suerte está echada. En la obra sólo tengo que decir una frase, la última. La he memorizado a la primera. Todo transcurre a la perfección. La maestra se muestra satisfecha. Sonríe. Entro yo a escena, me coloco debajo del foco, todo el mundo me mira, mis padres atentísimos y a mi abuela se le saltan las lágrimas. Soy el centro de atención del improvisado teatrillo. Me toca hablar y dar por finalizada la actuación. En voz alta, con la mano derecha extendida al cielo, grito a viva voz: -"Esta noche las estrellas brillan con mucha luz, porque ha nacido el rey de los cielos, porque ha nacido..."

Dudé un momento, pero retomé la frase: "...porque ha nacido..." La maestra se impacientaba, me animaba con las manos y susurraba: Jesús, di Jesús. En ese momento lancé al público la felpa y me rasqué con fuerza el ridículo camisón de ángel; al mismo tiempo en que gritaba: ¡HA NACIDO... BATMAN!". Debajo de la camisola celestial lucía mi disfraz acolchado de músculos de hombre murciélago. Me puse en la cabeza, acto seguido, la capucha negra que llevaba escondida en el zurrón de San José, mi cómplice. La gente empezó a aplaudir de manera exultante. Se rompían las manos aplaudiendo, silbando, gritando... Mi madre y mi maestra se quedaron boquiabiertas. A mi abuela se le cayó la dentadura postiza. Y mi padre lloraba de la risa.

Vi reír a mi padre como nunca jamás lo había hecho. Ese día, me confesó después que fui para él un auténtico héroe. A partir de la fecha en la que triunfé como actor, en mi primera y única representación, papá fue mi referencia. A su vez se convirtió en mi héroe. Y es que mi padre contagiaba con su buen humor todo lo que tocaba. Todo superhéroe sufre de un punto débil. Por ejemplo, Superman era alérgico a la Kryptonita. A mi me da miedo volar. Mi Superpadre también padecía de una fragilidad: cada vez que veía una película de Batman o de vampiros, un murciélago o el escudo del Valencia, se volvía loco y se le escapaba una sonora carcajada. Sin embargo, él anunciaba a los cuatro vientos con esa sonrisa ancha, eterna, importante, que su auténtica debilidad era su hijo.